

# VIAJE AL CORAZÓN DE CHINA

*en el vientre del dragón*

*De los hutong de Beijing a los jardines de Suzhou  
pasando por las laberínticas calles de la Ciudad  
Prohibida y las montañas imposibles de Yangshuo*



VICENTA COBO



**Colección:** Viajero intrépido  
www.viajerointrepido.com

**Título:** Viaje al corazón de China, en el vientre del Dragón.

**Autor:** © Vicenta Cobo Heras

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez

**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Fotografías interior y cubierta:** Vicenta Cobo

**Diseño y realización de cubiertas:** Carlos Peydró

**Diseño de interiores, fotografías e ilustraciones de las páginas 6, 8, 9, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 45, 61, 121, 181, 191, 202 y 203 y reseñas históricas:** Juan Ignacio Cuesta

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

**ISBN-13:** 978-84-9763-451-9

Libro electrónico: primera edición

*Para las trillizas y, en especial, para Sofía.*

*Que tu luz nunca se apague.*



*«Hacer algo por puro placer,  
por la gracia de hacerlo»*

PAUL AUSTER

*«El espíritu del valle nunca muere»*

LAO TSE



# INDICE

<b>RUMBO A CHINA</b>	<b>15</b>
<b>DE BRUCES EN BEIJING</b>	<b>21</b>
<b>UN PASEO POR LAS NUBES</b>	<b>49</b>
<b>La niña del tren</b>	<b>58</b>
<b>UN RESPIRO OCCIDENTAL</b>	<b>65</b>
<b>EL EMBRUJO DE SHANGHAI</b>	<b>79</b>
<b>Y DE LA BELLEZA QUÉ</b>	<b>111</b>
<b>EL LAGO DEL OESTE</b>	<b>125</b>
<b>Hacia el sur, en la cola</b>	<b>133</b>
<b>ENTRE MONTAÑAS IMPOSIBLES</b>	<b>143</b>
<b>BYE-BYE CHINA</b>	<b>187</b>
<b>LEJOS DEL DRAGÓN</b>	<b>204</b>

## **RESEÑAS HISTÓRICAS**

- EL NACIMIENTO DE CHINA, **42**  
GENGIS KHAN (1215), **60**  
LA DINASTÍA MING (1368-1644), **73**  
EL IMPERIO QING (1644-1912), **94**  
LAS GUERRAS DEL OPIO, **101**  
LA REPÚBLICA (1912), **118**  
LA LARGA MARCHA (1934-35), **129**  
LA INVASIÓN JAPONESA (1931), **134**  
LA ERA MAO, **137**  
EL GRAN SALTO ADELANTE, **148**  
LOS SUCESOS DE 1989 EN TIANANMEN, **155**  
LA REVOLUCIÓN CULTURAL, **162**  
CHINA DESPUÉS DE MAO, **191**

# PRÓLOGO

## UNA PROFUNDA MIRADA FOTOGRÁFICA Y VIAJERA AL CORAZÓN DE CHINA

**D**E NIÑO LEÍ QUE LA ÚNICA OBRA HUMANA VISIBLE desde el espacio era la Gran Muralla de China. Ni las pirámides de Egipto ni la Torre Eiffel se podrían divisar a simple vista desde la órbita de nuestro planeta. Entonces me imaginaba aquella raya sinuosa surcando la mancha terrosa de la superficie de China vista a bordo de una nave o estación espacial rusa o americana. Sin embargo, al leer el libro de Vicenta Cobo supe que en 2003 el primer astronauta chino, Yang Liwei, comprobó que todo era un mito o «leyenda urbana», pues nada pudo ver de la famosa muralla de su país.

Aunque haya sido un duro golpe para el orgullo nacional, como recuerda Cobo, estoy seguro de que es tan solo una pequeña y pasajera decepción para el pueblo chino, acostumbrado a enfrentarse con un día a día verdaderamente difícil para su supervivencia. Pero estamos hablando de un pueblo de cultura milenaria, que atravesó muchos escollos y que va rumbo a convertirse en el país más poderoso del planeta. De

hecho, la “decepción” solo fue posible gracias a los avances tecnológicos de ese inmenso país, la tercera nación en poner un hombre en el espacio con medios propios.

El libro de Vicenta Cobo —un auténtico relato de viajes— se lee con fluidez y deleite, por su narrativa amena y repleta de anécdotas personales. Dentro de algunos años quedará como un retrato de un instante importante de la sociedad china: el del cambio, del viraje económico, de transición para una nueva civilización. Muchos temen que los nuevos valores occidentales, los del consumo exagerado, del materialismo insulso, de la superficialidad, minen las bases milenarias de los chinos. ¿Será esto posible? ¿Habrá una reacción a los cambios a marchas forzadas que sufre aquél país?

Si quisiéramos especular sobre tal futuro, tendríamos que sopesar el papel de la tradición, del taoísmo, del confucionismo y de otras filosofías de vida que ejercen aún gran influencia sobre el pensamiento del pueblo chino y su forma de actuar. Quizá los cambios presentes y venideros sean afrontados de una manera más crítica cuando se alcance el umbral de tolerancia a estas desenfundadas mutaciones. Quizá los arquetipos más arraigados salten a la palestra para librar una batalla digna de ver: la del Dragón contra el engendro mecánico-cibernético de la civilización occidental.

La mirada concentrada de las docenas de ciudadanos chinos fotografiados magistralmente por Vicenta Cobo muestra la humanidad que aflora del seno de su alma, individual y colectiva (esta última tan poderosa en China), y de ello podemos intuir que la batalla virtual será dura y conmovedora. Los rostros que la autora seleccionó abarcan un amplio espectro social: mujeres, niños y hombres de todas las edades, llenos de energía o encorvados por la inclemencia de la vida misma. Imágenes enternecedoras de madres con sus hijos que miran con esperanza hacia el futuro, o de ancianos sonrientes pues siguen el tao: vivir el aquí y el ahora con máxima intensidad.

Vicenta Cobo es una mujer que, sola, se enfrentó a un país continental, ante una perspectiva poco turística, más bien de alcance peregrino-espiritual. Lo demuestra en su ascensión al Tai Shan, la montaña más venerada del taoísmo en China, hacia su templo encumbrado. Tras subir 6.600 escalones, pudo lograr el «pasaporte hacia una vida longeva y feliz». La misma vida que deseó hace cientos de años el emperador Qin Shi Huangdi que, al igual que el mítico rey cristiano, el Preste Juan de las

Indias, buscó recetas para la longevidad y, quizá, para la vida eterna. Contrató a los alquimistas más importantes de su época para que trabajasen en su corte buscando el “elixir de la eterna juventud”.

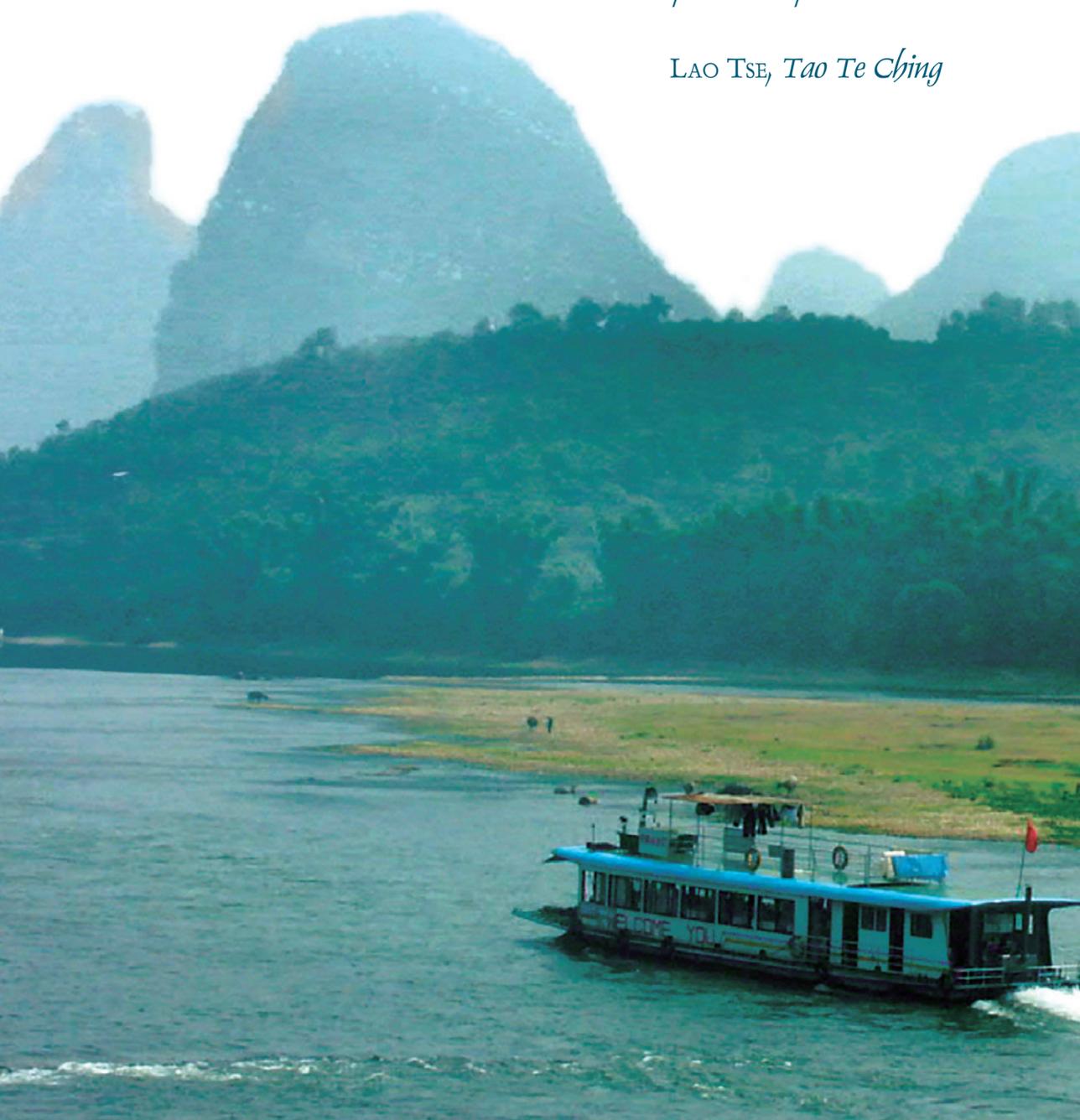
No lo logró, como lo atestigua su tumba, pero no fue impiadoso y sanguinario como sus antecesores a la hora de morir: no dejó enterrar vivas a sus concubinas y servidores y los sustituyó por réplicas en tamaño natural de terracota, hoy visitados por gentes del mundo entero.

Pese a la indefectible mirada occidental de la autora, es patente el esfuerzo por aislarse de prejuicios. Pero vale el intento, el acercamiento al prójimo, por más diferente que sea su cultura. No obstante, pese a las barreras lingüísticas, esta mujer logró adentrarse en el Corazón del Dragón, del inmenso y tan incomprensible Dragón que representa este gran y aún desconocido país.

*Pablo Villarrubia Mauso  
Periodista y escritor  
Madrid, septiembre de 2007*

*«Las experiencias externas  
sirven para sentir el mundo,  
y las experiencias internas,  
para comprenderlo.»*

LAO TSE, *Tao Te Ching*



# RUMBO A CHINA





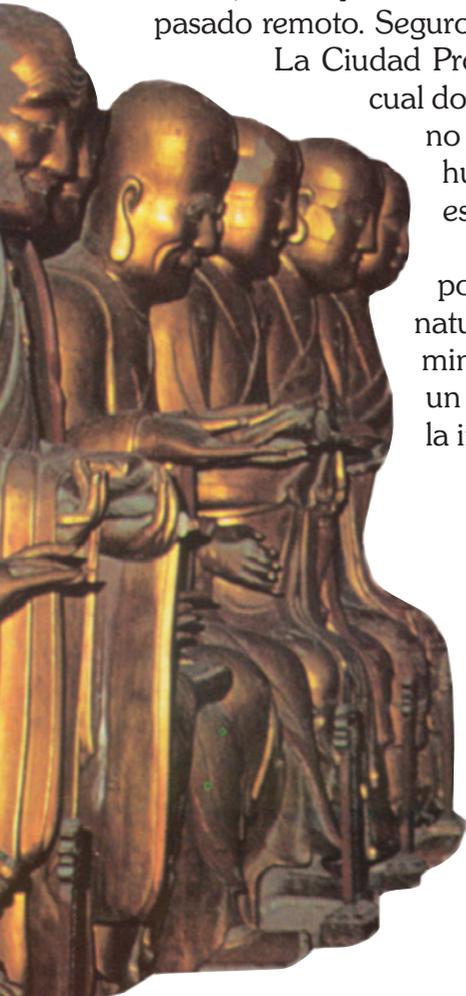
**P**OR QUÉ CHINA? Ni yo misma lo sabía. El inconsciente del viajero va tejiendo sutiles hilos que trazan el destino de un nuevo viaje. El nómada lleva dentro un mapamundi que le gustaría recorrer. A veces poco importa el lugar, «el caso es moverse», como decía Stevenson, quien viajaba por el placer en sí.

El mundo es inmenso, el tiempo limitado, y aunque nos gustaría recorrer palmo a palmo el planeta Tierra, hay que elegir. De ello se encarga una brújula interior. En el 2006 señalaba hacia China.

Ese país llevaba esperando en mi corazón desde siempre. En varias ocasiones me habían preguntado si alguno de mis padres o abuelos era chino. Tantas veces había escuchado lo mismo que no descarté el pensamiento de que, quizá, algún antepasado mío procedía de China y que por mis venas corría sangre oriental. La idea me parecía estupenda y, en el fondo, creía que el día que viajase a ese país reconocería el eco de un pasado remoto. Seguro que Jung me entendería.

La Ciudad Prohibida y la Gran Muralla se alzaban en mi alma cual dos titanes que debía conocer antes de morir. ¿Cómo no acudir a los lugares míticos de la historia de la humanidad y llenarse del espíritu que habita en estos espacios cumbres del pensamiento humano?

Nada hay comparable a la aventura de conocer y ponerse en contacto con las obras de arte que la naturaleza y el pensamiento humano han dejado disseminadas por el planeta que habitamos. La Tierra es un lugar maravilloso, un hogar acogedor en medio de la inmensidad del Universo. Resulta penoso que algu-



**Los santos búdicos del Templo de las Nubes Azuladas, cerca de Beijing.**

nos humanos cegados por intereses mezquinos la estén destruyendo. Yo les diría que viajen, que conozcan y amen la belleza que aún queda en muchos rincones del mundo. Quizá entonces cambie su visión y dejen de pensar en términos de explotación y enriquecimiento.



Yo, cuando era muy joven, quería ser vagabunda. Con el tiempo he comprendido por qué. Solo que aún no he descubierto la fórmula para serlo a tiempo completo. Lo hago perdiéndome por el mundo a ratos, saboreando el incomparable placer de sentirme libre, con las puertas del corazón y la mente abiertas de par en par, remando al viento.

En el verano del 2006 partí rumbo a China. En el equipaje llevaba un billete de avión a Beijing, un diccionario de mandarín-español y la guía santo y seña de los trotamundos, la *Lonely Planet*. ■







# DE BRUCES EN BEIJING

*«Amor y respeto a la naturaleza  
Amor y respeto a los padres  
Respeto a los ancianos  
Respeto al orden político  
Respeto al orden social  
Respeto al orden religioso»*

Las virtudes cívicas de CONFUCIO

**D**OCE HORAS DE VUELO desde Amsterdam hasta Beijing me arrojaron de bruces a una realidad muy diferente a la que dejaba atrás. El primer cambio lo noté en el horario. Había que adelantar el reloj seis horas respecto al horario europeo. Así que saludaba a Beijing un día después del que había partido de Madrid, a principios de agosto, un mes que los chinos denominan «fantasma» y que, según ellos, no es apropiado viajar.

Sin ser supersticiosa, llegué a pensar que algo de razón llevaban. Los *noodles* —el equivalente chino de los espaguetis— que comí en el avión a horas intempestivas me habían sentado fatal y mi estómago no terminaba de digerirlos.

Mi equipaje no había corrido mejor suerte. Lo recogí completamente mojado. Al principio pensé que era agua, pero en el hotel descubrí con estupor que era vino. En un viaje largo, el equipaje equivale a tu hogar y te sientes desolado cuando se estropea o lo pierden.

Ir sin reserva de hotel para los primeros días no es muy buena idea que digamos, pero al final siempre acabo haciendo lo mismo, por puro afán de jugar con el azar y la suerte. Esta, casquivana, unas veces te sonríe y otras te hace pagar un alto peaje.

Fui a parar al hotel de una calle estridente, saturada de comercios, chinos y ruidos. La bienvenida a China me horrorizó. Ante mis ojos, una marabunta de chinos enloquecida, comprando y consumiendo. La primera impresión de Beijing fue la de un «todo a cien» a tamaño gigante. Y para rematar la situación, bajo mi hotel, de estética hortera, abigarrada y asfixiante, karaokes y terrazas al aire libre. Todo muy adecuado para un sueño plácido y reparador. Entre el *jet lag* y el ruido no podía pegar ojo. Pasé dos días medio sonámbula, echando cabezadas en cualquier lugar.

El dragón me había engullido en su vientre sin contemplaciones. Yo sabía que, lejos de un viaje placentero, el reto era salir adelante. Viajar a China por libre no es un paseo de lujo, sino una paliza tanto física como psicológica. Hay que afrontar muchas dificultades, pero son precisamente estas las que hacen el viaje interesante y vívido. Si te lo dan todo organizado y hecho, pierde interés. Los viajes organizados están en las antipodas de quien descubre un país por sí mismo.

La plaza de Tiananmen es el corazón de Beijing y un referente en la memoria colectiva de los chinos. El retrato de Mao preside el espacio público más grande del mundo, custodiado por guardias que vigilan los movimientos de los transeúntes. Al fondo, los muros rojos de la Ciudad Prohibida.



Y la primera dificultad es el idioma. Hasta que no caes de bruces en el país no eres consciente de la barrera que supone el idioma. Muy pocos chinos hablan inglés y hacerte entender es un ejercicio de habilidad.

Los taxis están tirados de precio, pero no encontré ni un solo taxista que supiese decir una palabra en inglés, así que siempre tienes que llevar papelitos con la dirección escrita en chino. Y qué decir de los hoteles y las estaciones de tren. El diccionario es un buen aliado, siempre y cuando contemple la grafía china, pues si intentas pronunciar el mandarín — dado que la entonación es muy importante— nadie te entiende. Así que tienes que hacerte el mudo y señalar con el dedo lo que quieres. Si no es así, te van a dar lo que crean: desde un asiento duro en un tren lento donde te ves obligado a pasar toda la noche, hasta patatas medio duras en un caldo de mantequilla. En fin...

**En medio de calles atestadas de tráfico y ruido, llama la atención encontrarse a grupos de chinos sentados a la oriental en las aceras.**

**Las distancias en Beijing son tan enormes y hay que andar tanto que cuando están cansados descansan en cualquier parte, sin que les importe los rugidos y los humos que invaden una de las ciudades más contaminadas del planeta.**



Claro que también te puedes comunicar mediante dibujos, como el chino de Nanjing que me explicó que tenía mujer y tres hijos y que se dedicaba a hacer trajes a medida. Fue una experiencia tan bonita que, cuando lo perdí de vista, sentí un poco de tristeza. Aún sin comunicarnos con palabras, establecimos entre nosotros una relación llena de encanto. Me gustó su manera de acercarse a un extraño con quien no compartía ni la lengua. Me ha quedado de él un recuerdo vivo y gratificante.

Lo primero que hice el segundo día de mi estancia en Beijing fue cambiar de hotel. Estaba deseosa de visitar la Ciudad Prohibida, pero esta bien podía esperar hasta que solucionase mis problemas de alojamiento.

Me fijé en un hotel que recomendaba la guía, ubicado en un *hutong*, los tradicionales callejones de la ciudad que conservan las huellas de un modo de vida que día a día va desapareciendo, suplantado por la cultura del centro comercial y el lavado de cara que supone alojar las Olimpiadas del 2008.

Tranquilo, íntimo y acogedor, justo lo que necesitaba para refugiarme de la vorágine consumista y del ruido. Sus jardines pertenecieron a un eunuco de la emperatriz Cixi, una de las estrellas indiscutibles de la dinastía Qing quien con artes maquiavélicas logró trepar de simple concubina a emperatriz.

En Beijing conseguir un hotel con buena relación calidad-precio es una tarea ardua. El nivel de vida es muy bajo por lo que se refiere a transporte y comida, pero no así los hoteles. Con diez yuanes —un euro aproximadamente— puedes hacer una carrera media de taxi, subirte al tren tres veces o comer en un restaurante chino regentado por el gobierno. Sin embargo, no intentes buscar un hotel de calidad media por menos de treinta euros. Imposible.

Tuve que esperar al día siguiente para conseguir una habitación individual, así que decidí quedarme por los alrededores, en un hotel chino caro e insípido, pero al menos con las sábanas limpias, sin los muy comunes lamparones que a los chinos no parecen importarles.

Aproveché para vagar por los *hutong*, los que no están programados en los tours turísticos. Uno de los mayores placeres del viajero independiente es explorar rincones, sentir el pulso vital de sus gentes, descubrir y dejarse emparar por una realidad diferente a la suya.

Los *hutong* son los restos del naufragio de la vieja China devorada por la nueva. Fantasma de una época no lejana, pero que a la velocidad que avanza la apisonadora del desarrollo son ya pasado. En ellos habita el alma de una China milenaria, pobre y mugrienta. Huelen a orines, a



comida barata cocinada en medio de la calle, a rata. Veo a los chinos en cuclillas, en admirable equilibrio, siempre en grupos, frente a tienduchas destartaladas, donde cachivaches inútiles conviven con manzanas, melocotones, bebidas, tabaco, espejos... Al lado una mujer, cargada con un bebe que lleva el culo al aire —costumbre china para que los niños no se hagan pipí encima—, cocina. Otra improvisa un restaurante de una mesa y cuatro sillas en medio del callejón. Otros juegan a las cartas y al ajedrez chino sentados en unas banquetas minúsculas, alrededor de un cajón o una tabla tirada en el suelo.

Fascina pasear por este laberinto de callejones, flanqueado por viviendas destartaladas, a salvo del ruido infernal que llena de contaminación los pulmones de la ciudad. Solo algunas bici-carros y moto-carros se adentran por los más turísticos para mostrar el puñado de casas históricas con patio que se mantienen en pie.

La historia de los *hutong* se remonta a principios del siglo XIII, tras la devastación que sufrió la ciudad a manos de los mogoles. El líder, Gengis Khan, desencadenó su ira contra Beijing en 1215 y la redujo a escombros. Fruto de la reconstrucción nacieron los callejones que discurren de este a oeste para que la puerta principal dé al sur y cumpla así uno de los principios fundamentales del *fengshui*. Esta posición garantiza mucha luz y protección ante las fuerzas negativas del norte, al mismo tiempo que fomenta el *yin* —aspecto femenino y oscuro— y contrarresta el *yang* —aspecto mas-

**Encontré un «abuelo chino» no muy lejos del grupo de chinos sentados a la oriental y le pedí permiso para hacerle una foto. Su imagen, además de enternecedora, me pareció un símbolo de la vieja China, arrinconada por otra nueva que llega arrasando. Parece el guardián de un mundo que agoniza. El viejo pasa las horas custodiando su «Old Beijing Year Art Exhibition», una exposición de láminas desvencijadas y mugrientas, pastiches de la época imperial, que muestra en un cuartucho mal iluminado y mugriento. Me hubiese gustado hablar con él y que me contase su vida. Me tuve que conformar con captar la expresión de su rostro y una mirada, ausente e introspectiva, pero viva. Me despido de él dándole unos yuanes, a falta de atreverme a comprarle una lámina. Siento un poco de tristeza de dejarle ahí, abandonado a su suerte, sorbiendo despacio su taza de té. Para muchos de sus habitantes Beijing presenta una cara dura y despiadada.**





**Estampa de un hutong, los callejones tradicionales conformados por espacios parecidos a los de la foto, que surcan el corazón de Beijing. Casa, tienda, almacén y lo que haga falta, aquí habita una familia de cuatro miembros. Mugre, caos, olor a orines y el ruido atronador de los coches invadiéndolo todo.**

culino y luminoso—. Bajo la dinastía Qing había más de dos mil *hutong*, y en la década de 1950 llegaban a casi seis mil. Hoy apenas sobrepasan los mil.

El cambio de hotel fue un acierto y contribuyó bastante a hacer de mis días en Beijing una experiencia confortable. Al tercer día ya me había adaptado al ritmo de la urbe y comenzaba a disfrutar de su encanto. No sabría muy bien cifrar en qué radica. Quien la aprecie solo mentalmente, la encontrará fea, gris, ruidosa y contaminada, un infierno moderno donde conviven más de quince millones de almas. En agosto el calor es insoportable y pasas el día entero bañado en sudor. La luz es opaca, sin asomo del cielo azul al que tan acostumbrados estamos en España.

Beijing te atrapa desde una dimensión imperceptible. Un día te descubres hipnotizada, vagando de un lugar a otro en busca

**Cualquier rincón es bueno para improvisar un pequeño taller. Este hombre ha encontrado su lugar frente a los aseos públicos. Arregla pinchazos de bicicletas y chapuzas varias. El caso es sobrevivir como sea.**

de sus muchos rostros. La ciudad se te ha metido en el corazón y sabes que ya no te va a soltar. Te someterá a su voluntad y volverás una y otra vez. Algo parecido me sucedió hace tiempo con Estambul, otra de mis ciudades del alma.

Si algo deseaba ver era la Ciudad Prohibida. Durante tres días anduve embelesada entre los muros púrpura (color de la estrella polar, porque el edificio constituía el centro del universo) de la que durante cinco siglos fue la ciudad más misteriosa del mundo. Se empezó a construir en 1406 durante la dinastía Ming y más de doscientos mil obreros tardaron 15 años en completarla.

Aislada del resto de la ciudad por zanjas y una alta muralla, se extiende en más de un kilómetro de largo y 760 metros de ancho. Los datos son abrumadores: Plazas para noventa mil





**Los huntongs son el alma de la antigua China, amenazada por el progreso. Aquí la vida late a un ritmo más pausado e incluso hay tiempo para sentarse a contemplar la vida de la calle mientras se saborea una pipa. Nunca hay que perder la sonrisa.**

espectadores, ocho mil setecientas habitaciones en las que se alojaban diez mil personas...

En ella vivieron 24 emperadores, los Ming y los Qing, que no tuvieron más remedio que abandonar el poder en 1911, con el advenimiento de la República de China. Hasta ese momento fue el centro neurálgico de la política china.

Llama la atención como hordas de chinos atraviesan la plaza de Tiananmen, ante la mirada de Gran Hermano de Mao, para adentrarse en el símbolo de un mundo que derrocó el comunismo. Y lo hacen tocando las tachuelas redondeadas y brillantes que salpican las enormes puertas rojas de entrada a la ciudad.

El gesto me intrigó tanto que pregunté a un guía chino si tenía algún significado.

—Lo hacen para ver si se impregnan de la suerte de los emperadores.

Así que los chinos añoran la época imperial, la que con mano férrea ha combatido el comunismo durante más de medio siglo. Me doy cuenta que esto no es de extrañar, dadas las atrocidades de la era Mao y su infausta revolución cultural que acabó con las cabezas pensantes y libres del país.

Los Guardias Rojos, una mezcla explosiva de fanatismo e incultura, se lanzaron al asalto de universidades, fábricas e instituciones a partir de 1966. Procedentes del campo y sin demasiada idea del marxismo-leninismo, salvo las consignas aprendidas en el catecismo maoísta *El Libro Rojo*, toman el poder y fustigan a todos aquellos —profesores y estudiantes universitarios, magistrados, altos cargos de la administración— que carecen de ardor revolucionario.

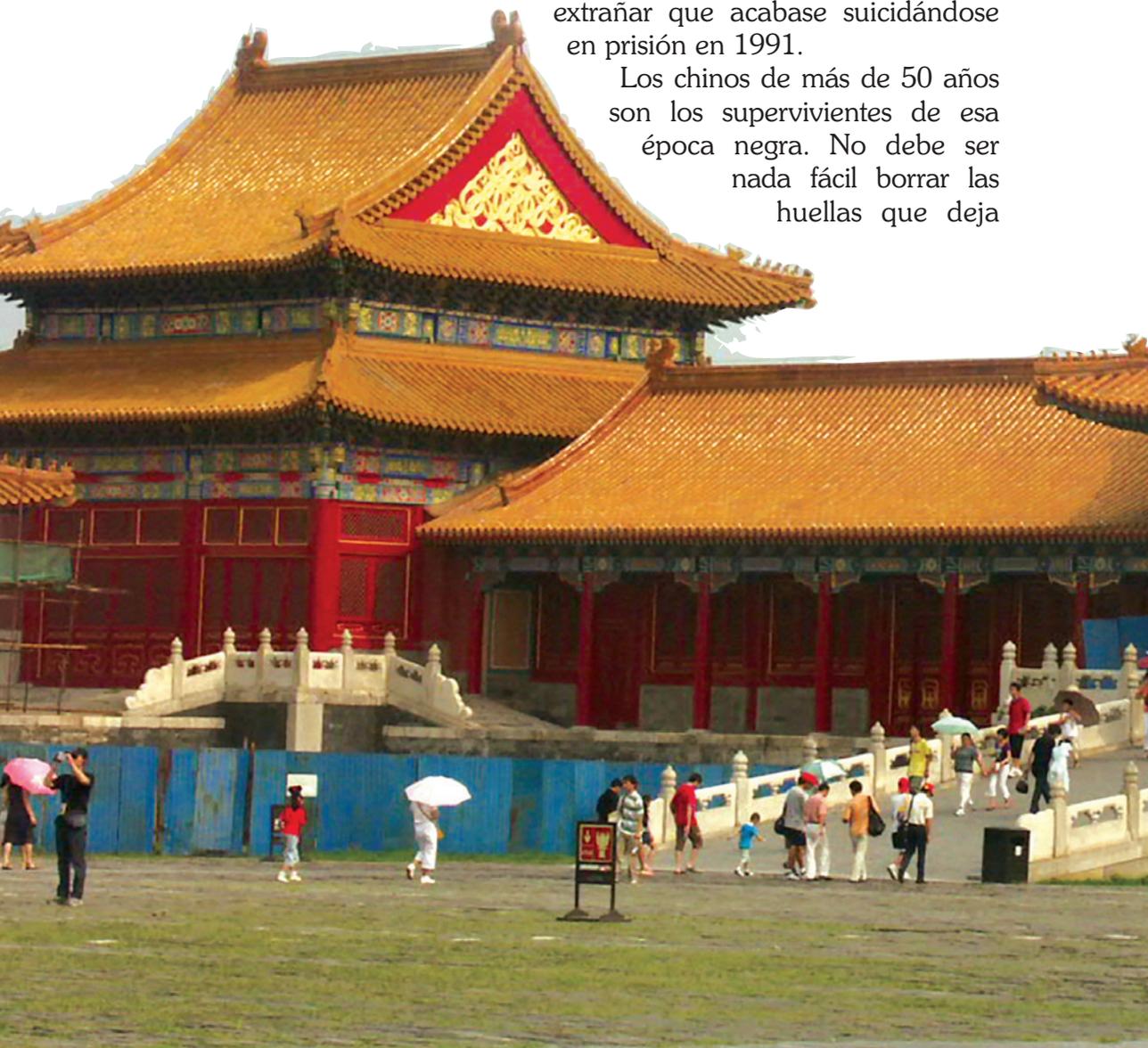
Los afectados, denunciados por los periódicos murales que florecían por doquier en las paredes de los edificios oficiales, fueron apartados de sus puestos y enviados al campo a trabajar en tareas agrícolas. Con esta práctica el sistema conseguía controlar a las mentes más subversivas, apartarles de los núcleos urbanos y solucionar el problema de la falta de mano de obra en el campo.

La reeducación de los díscolos los obligaba a realizar un cursillo de «reaclimatación ideológica», que en realidad eran trabajos forzados y medidas humillantes y privativas de libertad.

Convencidos del buen fundamento de su acción revolucionaria, los Guardias Rojos se lanzan a una implacable guerra social que sumerge al país en el caos. Tres millones de asesinatos se cometieron en 1968 en nombre de la revolución, además de la quema de templos, libros, joyas, obras de arte y de todo lo que fuese antiguo. Mao estaba obsesionado por borrar el pasado, lo viejo, la espiritualidad del pueblo chino.

La autoría de los crímenes se debió a la Banda de los Cuatro, de la que formaba parte la esposa del viejo dirigente. Jiang Qing, en calidad de directora de asuntos culturales del partido, fue uno de los mascarones de proa de la revolución cultural. Conocida por su radicalismo ideológico y por su crueldad, la figura de esta mujer poderosa y violenta, despierta fobia e ira y no es de extrañar que acabase suicidándose en prisión en 1991.

Los chinos de más de 50 años son los supervivientes de esa época negra. No debe ser nada fácil borrar las huellas que deja



en el alma la traición, el delatar a un familiar o a un amigo o el hacerse invisible para que la espada de Damocles no caiga sobre tu cabeza.

Y todo eso se lo deben a Mao y al precio que estaba dispuesto a cobrarse por afianzar el poder perdido en su propio partido. Pese a ello, muchos chinos siguen fotografiándose junto a su retrato en la plaza de Tiananmen. El culto al artífice de la nueva China no ha muerto todavía.

**Aislada del resto de la ciudad por zanjas y una alta muralla, la Ciudad Prohibida se extiende en más de un kilómetro de largo y 760 metros de ancho. Alberga plazas para noventa mil espectadores y ocho mil setecientas habitaciones en las que se alojaban diez mil personas.**



Me pregunto qué sucedería si el tirano levantase la cabeza y contemplara en qué se ha convertido su nueva China. Probablemente moriría otra vez de un ataque súbito al corazón al darse cuenta que su cruzada contra el capitalismo no ha servido para nada. Lejos de ello, hoy se ha convertido en la religión de los chinos. El capitalismo occidental es *light* al lado del capitalismo salvaje *made in China*.

Si hay algo que llama la atención de los viajeros es ese híbrido extraño entre comunismo y capitalismo salvaje. El pensamiento y las conciencias están maniatados y manipulados. No hay libertad de expresión ni de acción, pero sí un encauzamiento feroz hacia el consumo. «El afán de competitividad y de riquezas de nuestros días, tan denostado por el Tao, se está exportando sin escrúpulos a Oriente y está calando a marchas forzadas en su sociedad», reflexiona Antonio Colinas en su libro *La simiente enterrada*. Hoy en día los chinos representan el consumismo puro. Han sido programados para ello. Y con este panorama, ¿hacia dónde se encamina China? Nadie lo sabe.

La Ciudad Prohibida me embelesó. Bajo el prisma estético, me parecía un canto a la belleza, al transcurrir de una vida armónica y refinada. La primera impresión es la de un microcosmos perfecto, habitado por semidioses. Lejos de espacios claustrofóbicos y cerrados, la Ciudad forma un rectángulo abierto, poblado de palacios, salas y dependencias, un conjunto exquisito y elegante que contrasta con el caos de la ciudad real.

El viajero veneciano Marco Polo la visitó en el siglo XIV y quedó fascinado entre otras cosas por la estructuración del espacio: «Toda la ciudad está trazada en cuadros, igual que un tablero de ajedrez, y dispuesta de forma tan perfecta y por mano tan maestra que es imposible describirla con verdadera justicia».

Podría llamarse también la ciudad de las puertas. Hermosas, rojas, de más de treinta metros de altura, salpicadas de tachones dorados y relucientes que comunican unos espacios con otros. La Puerta de la Paz Celestial, la Puerta de la Armonía Preservada, la Puerta de la Armonía Suprema... El solo hecho de pronunciar el nombre relaja la mente.

Los colores, la forma, el culto a la belleza que impregna cada rincón de las salas y los palacios, pura simplicidad y buen gusto, hablan de un mundo sensual y placentero, hecho para el goce de los sentidos.

Tras esa primera impresión, asoma otra cara menos seductora, la de un mundo encerrado en sí mismo, donde la ambición, los celos, las envidias y la traición hicieron de la existencia de sus moradores una pesadi-



**Si hay algo que simboliza la Ciudad Prohibida son las grandes puertas rojas, cerradas al mundo durante cinco siglos. Entre los muros púrpura vivieron 24 emperadores, los Ming y los Qing, que no tuvieron más remedio que abandonar el poder en 1911, con el advenimiento de la República de China.**

lla. No debió ser nada fácil vivir en ese nido de víboras, donde nadie se podía fiar de nadie.

Lejos de su apariencia de «un mundo feliz», la Ciudad era una prisión, sobre todo para las concubinas, sin ningún derecho a decidir sobre su destino. Ni tan siquiera Pu Yi, el último emperador, fue feliz entre sus muros rojizos. En sus memorias relata sus 18 años de vida en la ciudad —los primeros siete en calidad de emperador— como una experiencia triste, privado de afecto y libertad.

Con sus luces y sombras, la Ciudad que durante siglos se cubrió con un velo de misterio ha resistido el paso del tiempo y de la convulsa historia de China. Es una suerte que la fiebre destructora de Mao no amputa-



**Muchos chinos practican una especie de rito iniciático para adentrarse en la Ciudad Prohibida. Tocan los clavos redondos y brillantes que tachonan las enormes puertas rojas de entrada. Y lo hacen para llamar a la suerte, ya que asocian el reino de los emperadores con la fortuna y la buena estrella. Si Mao levantara la cabeza, volvería a morir del susto.**

se la que hoy en día es patrimonio de la humanidad.

Me encanta la foto que conservo de mi estancia en la Ciudad. Como iba sola, pedí a un chino que me tomase una foto frente a una de las enormes puertas rojas. Es una imagen muy sobria: La puerta, telón de fondo, simula estar cerrada, y la viajera, agarra con la mano derecha y el brazo extendido una tachuela. Inconscientemente repetía el gesto de los chinos y su llamada a la suerte. Espero que me responda.

La plaza de Tiananmen es el corazón de Beijing y un referente en la memoria colectiva de los chinos. Mao concibió la plaza para proyectar la grandeza del Partido Comunista. Durante la Revolución Cultural, el Presidente, luciendo el brazal de los Guardias Rojos presidía desfiles de hasta un millón de personas.

Su espíritu ha quedado allí, encarnado en un enorme retrato que vigila los movimientos de

todos aquellos que quieren gritar democracia y libertad. Gritos silenciosos, abortados en 1989, cuando tanques y soldados del ejército echaron de la plaza a los manifestantes a favor de la democracia. La imagen de un manifestante que se atrevió a poner una rosa en el cañón de un tanque dio la vuelta al mundo.

Las represalias no se hicieron esperar, y diecisiete años después continúan para todo aquel que se atreva a decir en voz alta lo que piensa. La plaza siempre permanece muy vigilada y está totalmente prohibido manifestarse.

Vuelvo a extraer del libro de Antonio Colinas unos párrafos que me parecen clarividentes: «Se ha hablado mucho del *espíritu de Tiananmen*, pero ¿qué queda de él? Acaso la aspiración hacia una sociedad plenamente democrática por parte de los disidentes exiliados que aún se niegan a volver y a hacer ese pacto de silencio con el gobierno que otros jóvenes han hecho, y que consiste en lograr todo el dinero posible a través de los negocios de la nueva economía, a cambio de no enfrentarse al Sistema. A estos últimos se les reconoce hoy como los *pequeños Emperadores* o los *nuevos tiburones de la China capitalista*. Ellos son la punta de lanza de esa nueva «revolución» que se basa en obtener dinero rápido, en cantidad y al precio que sea».

«Sube así el nivel de vida del pueblo, pero a un precio —el olvido de los campesinos, el paro, la grave contaminación ambiental— que todavía se desconoce. Sale así esta sociedad de una visión exclusivamente materialista de la vida para sumergirse en otro materialismo de nuevo signo. De aquí la necesidad que algunos chinos sienten de esa *tercera vía* que encauce una sociedad sustentada en los valores de la sabiduría, la espiritualidad y la cultura, es decir, en las *raíces* mejores de este pueblo».

Considerado el espacio público más grande del mundo, el solo hecho de recorrerlo con la mirada agota. Cruzar este desierto de piedra en pleno mes de agosto es un suplicio. Las chinas lo hacen cubriéndose con paraguas. El uso de la bicicleta está terminantemente prohibido pese a que recorrer la plaza puede suponer una hora larga o más.

Flanqueada por pabellones de inspiración soviética, su forma rectangular imita la de la Ciudad Prohibida. Una atmósfera densa y enrarecida hace pensar que el fantasma de Mao aún no se ha ahuyentado. Desde su mausoleo contiguo sigue investido con el poder. Y es que hay muertos que pesan mucho.

Los días iban transcurriendo y yo, sin darme cuenta, me había acostumbrado al ritmo de Beijing. Me sentía cómoda y tenía la sensación de

llevar viviendo en la ciudad muchos años. Es algo muy misterioso: hay lugares que nos resultan familiares desde el primer momento, como si perteneciéramos a ellos. Los reconocemos. Sin embargo, en otros podemos habitar toda una vida y, por más que nos empeñemos, nos son ajenos. Vivimos en ellos, pero mental y espiritualmente estamos muy alejados.

Cada mañana cogía el metro temprano y, apiñada entre la multitud de chinos que a horas punta se dirigen hacia sus trabajos, me encaminaba hacia los lugares que deseaba visitar. Se aprende mucho de Beijing utilizando el metro. La manera de abordarlo es a empujón limpio. Demasiada gente para tan pocos vagones, así que hay que hacerse un sitio como sea. Pese a las aglomeraciones no hay peleas ni palabras subidas de tono. La naturaleza de los chinos es pacífica.

El metro es también un escaparate de cómo visten los chinos. La economía de mercado no ha cambiado en absoluto su sentido de la estética. Recuerda a la España de la posguerra, austera, aburrido, deprimente. No hay alegría en la vestimenta y el sentido del gusto deja mucho que desear.

Las mujeres usan zapatos bajos con medias que les llegan hasta el tobillo. Camisas y faldas o pantalones cubren sus cuerpos como si fueran fardos, sin insinuar las formas ni dar un mínimo de sensualidad a los cuerpos.

El comunismo ha dejado su impronta en lo que a la estética se refiere. No solo en el vestir, también en el sentir; sobre todo en las relaciones con el sexo contrario. Mao se encargó de extirpar la sensualidad de los chinos, al menos en el terreno público. La seducción y las manifestaciones afectuosas están mal vistas. Las parejas ni se besan ni se cogen de la mano por la calle.

Los bloques de pisos de cemento son también una muestra del ideario comunista. Feos y sin ningún asomo de amabilidad visual, contrastan con la belleza de los pocos templos y pagodas que Mao dejó en pie. No hay nada más reconfortante que alejar su visión adentrándose en el Templo del Cielo, en el Palacio de Verano o en alguno de los muchos jardines que pueblan Beijing.

Yo frecuentaba los lagos próximos a la estación de Jishuitan, cerca de mi hotel. A la caída de la tarde me gustaba alquilar una bici y pedalear por los alrededores del lago. Lo que veía se asemejaba a estampas de la vida plácida con la que asociaba la antigua China: Pescadores, barcos, chinos solitarios tañendo el laúd, paseantes a pie y en bicicleta... Lejos de la fiebre consumista de las zonas comerciales, ahí la vida respira.

Después de pedalear elegía una terraza confortable junto al lago y mientras saboreaba una cerveza sorbo a sorbo contemplaba como la luz se iba apagando lentamente sobre el agua. Eran mis momentos preferidos, una balsa de armonía y serenidad.

No podía abandonar Beijing sin visitar la Gran Muralla. Un occidental tiene la cabeza llena de mitos sobre China, y entre ellos ocupa un lugar destacado la también llamada por los chinos «Muralla de los 10.000 li», que equivale a más de seis mil kilómetros. La cifra es tan gigantesca que el solo hecho de pensarlo abrumba. La construcción comenzó en el siglo V a.C. y se prolongó durante más de siete siglos. Se extiende desde las ruinas dispersas de la provincia de Liaoning, al oeste de Beijing y, tras atravesar cinco regiones, llega hasta el desierto del Gobi.

Con más de un millón de kilómetros cuadrados de extensión, este desierto no cesa de avanzar y de llamar a las puertas de Beijing. A él se deben las tormentas de arena, los vientos helados, el calor y el frío extremo de la ciudad.

Había leído y escuchado tantas advertencias sobre los muchos timos de los que el viajero es víctima cuando contrata una excursión a la Gran Muralla que, no sé cómo acabé viajando a Badaling —uno de los tramos más confluídos y espectaculares— de una manera absurda.

La tarde anterior paseaba por el bonito parque de Beihai, muy cerca de la Ciudad Prohibida, cuando una china muy joven me ofreció viajar en una excursión organizada hasta Badaling. Vería las tumbas Ming y la Gran Muralla. El precio me pareció tan barato, tres o cuatro veces menos que en el hotel, que acepté sin saber en lo que me estaba metiendo.

La mañana comenzó con un buen madrugón e interminables esperas. Cuando llegué al punto de encuentro, el autobús no daba signos de vida y tuve que esperar media hora larga, con la sospecha de que me habían engañado. Apareció una persona con un vehículo y nos dijo a todos los que estábamos que nos llevaría al lugar en que se encontraba el autobús. Nos condujo hasta un emplazamiento muy alejado del centro de la ciudad, donde una vez más hubo que armarse de paciencia a la espera de que llegase el autobús y se llenase de pasajeros.

Fueron dos horas de demora hasta que finalmente partimos. Para mi sorpresa, yo era la única extranjera del autobús y, por lo tanto, la única que no hablaba chino. Pensé que al menos me podría comunicar en inglés con el guía, pero pronto comprobé que no era así. Para mi horror, solo hablaba chino, y además lo hacía en un tono que me rompía el tímpano. Qué pesadilla... Se pasó la hora y media de camino, micrófono





saturado en mano, hablando no se qué. Yo me tapaba los oídos, pero el sonido era tan estridente que no podía aislarlo.

Hicimos la primera parada. En ese momento me percaté que el problema era cuándo regresar sin perder la pista del autobús. Había muchos y todos iguales, lo mismo que me sucedía con mis compañeros de viaje. Fui un momento al servicio y cuando volví ya todos se habían perdido en el interior de lo que parecía un centro comercial.

Adentro me encontré con la saga imperial al completo en versión cera. Así que me entretuve leyendo los avatares de los emperadores chinos en la Ciudad Prohibida. Era mejor no quejarme —sobre todo porque no tenía a quién hacerlo— y dejarme llevar por la dinámica del viaje. Localicé el bus sin complicaciones y me resigné a aguantar la perorata del guía.

La segunda parada fue en las tumbas Ming, un complejo que a mí se me antojó un tanto insípido, sobre todo porque lo único que ves es un palacio subterráneo y cuatro tumbas alfombradas de monedas y billetes. Los chinos acostumbran a lanzar monedas en los lugares que ellos creen especiales.

Al volver me despisté y deambulé un poco preocupada buscando el autobús cuando, de pronto, reparé que el guía alzaba la mano a lo lejos. Me recibieron con aplausos. Al parecer llevaban esperando un buen rato. Es algo que aprecio de los chinos, son pacientes y no suelen enfadarse.

**La Muralla China o «Muralla de los 10 000 li» que equivale a más de 6 mil kilómetros. Jamás el ser humano ha emprendido una obra tan gigantesca, hecha con fines defensivos frente a la invasión de los mogoles. Impresiona darse una vuelta por este gigante de piedra que surca cinco regiones de China hasta llegar al desierto del Gobi.**

## EL NACIMIENTO DE CHINA

DESDE LA TRIBU MÁS HUMILDE hasta la más grande civilización, todos los pueblos reclaman sus orígenes míticos, y los de China son extraordinarios.

Primero fueron los *Doce Emperadores del Cielo*. Cada uno reinó durante dieciocho mil años. Luego los *Nueve de la Humanidad*, que en total lo hicieron durante cuarenta y cinco mil. Luego otros ignotos dieciséis, seguidos de soberanos más cercanos. De éstos nos interesa *Huang-Ti*, el emperador amarillo, el más antiguo de los conocidos, y ya totalmente humano, porque sus predecesores eran serpientes con cabeza de hombre.

Con él surgieron la civilización y el alfabeto. Los primeros trazos se hicieron sobre huesos oraculares (escapulomancia-osteomancia). Desde muy pronto se empeñaron en conocer el futuro. Uno de sus primeros libros fue el *I Ching*, o *Libro de las Mutaciones*. Fue probablemente un calendario agrario de la mítica dinastía Hsia o Xia. Esta última fue seguida por la dinastía Shang que, a su vez, fue relevada por la Chou o Zhou (771-256 a.C.), momento en el que China entra en la historia.

Es en estos años cuando aparecen los grandes filósofos: Lao-Tzu (supuesto autor del *Tao-te-Ching*), Mencio y Confucio (como castellanzaron los jesuitas a Ji Mengke y Kung-Fu-Tze), desarrolladores de doctrinas a caballo entre los poderes sobrenaturales emanados del cielo (Thian, legitimador de los emperadores y sus dinastías) y la búsqueda de un ideal de perfección cívica encomiable.

En estos años se desarrollaron también los estudios de astronomía y astrología, extraordinariamente exactos, mucho antes que lo hicieran los sumerios y caldeos.

A los Zhou les siguieron los Quin, quienes elevan a los reyes al rango de emperadores. Les siguió la dinastía Han, con la que China entró en la era cristiana con un gran crecimiento expansivo, que llevó a abrir rutas comerciales como la de «las especias», que hoy conocemos como *Ruta de la Seda*. Esto tuvo como consecuencia la llegada del budismo procedente de la India, que se extendió e influyó poderosamente a partir de entonces.



崇珪璧匪祝一身為民崇珪璧匪祝一  
夏而夏宜春而春和風夏而夏宜春而

Finalmente llegamos a la Gran Muralla y el guía se las arregló para indicarme a qué hora y dónde tenía que regresar. Con tanta parada absurda, solo quedaba un par de horas escasas para estar en la Gran Muralla. Pensé que era una pena, pues probablemente nunca más en la vida volvería allí. Tantos kilómetros para llegar, y al final solo podía estar un rato.

Aún así, la Muralla y el paisaje circundante me impresionaron. Desde la entrada, donde se alza un monolito de piedra con la máxima: «Quien no sube a la muralla no es un hombre», hay que andar y ascender muchos metros hasta que se pisa la senda amurallada de piedras que serpentea por la cresta de las montañas. Es como ascender al cielo y divisar desde allí el espacio inmenso cubierto de vegetación. Si no fuera por la gran cantidad de turistas que te acompañan en el periplo pensarías que has pasado a otra dimensión de la existencia. Es como estar caminando por una senda trazada en el aire, algo parecido a volar. Se está bien allí, más cerca de las nubes que del suelo y piensas en la locura de las muchas generaciones que se lanzaron a la ingente tarea de construir una muralla gigantesca con fines defensivos.

Al final nunca cumplió con ese objetivo frente a las invasiones de los mogoles. Y ha quedado ahí —gracias a que es un gran negocio— como un canto a la locura humana y a los sueños imposibles hechos realidad.

Los chinos se sienten orgullosos de su Muralla y hasta no hace mucho se sostenía la idea —plasmada en los libros de texto de los escolares— que se vislumbraba desde la luna. En el 2003, Yang Liwei, el primer astronauta chino, comprobó la imposibilidad de verla desde el espacio. Fue un duro golpe para el orgullo nacional. ■

## Bamboo Garden Hotel

Tranquilo, íntimo y acogedor, está ubicado en el hutong de Xiaoshiquiao. Sus jardines, muy cuidados y bellos, pertenecieron a un eunuco de la emperatriz Cixi, todo un personaje de armas tomar. Los edificios se remontan al final de la dinastía Qing y las habitaciones están amuebladas con mobiliario de esa época.

El lugar es perfecto para reposar del ajetreo de la ciudad. Tiene un restaurante muy bonito, desde el que se contemplan los jardines y los nenúfares del lago, donde sirven platos chinos muy exóticos y occidentales. Dentro del mismo complejo hay casas de té y de masajes. Nada más placentero que un masaje tradicional chino, desde la cabeza a los pies.

Dirección: Zhuyuan Binguan

Tel: 6403 2229

Precio: 380 yuanes habitación sencilla; 530 doble

## Recorrido por los hutong

Los hutong (callejones) son el alma de Beijing, los restos del naufragio de la vieja China, devorada a un ritmo imparable por la nueva. Uno de los grandes tesoros que guarda la ciudad son estos callejones de viviendas destartaladas y casas históricas con patio. Para descubrirlos, nada mejor que vagar por el centro de Beijing a pie o en bicicleta.

Circuito en bicicleta: Comienza en Dongchang'an, al nordeste de la plaza de Tiananmen. Continúa por los Archivos Imperiales, el Palacio Cultural de los

Trabajadores, la Ciudad Prohibida, el parque de Zhongshan, el templo de Wanshouxinglong, el parque de Jingshan y el de Beihai. Termina en el templo de Wen Tianxian. La distancia es de 7 kilómetros.

*Círculo en ciclotaxi:* El artilugio consiste en una bicicleta con un carrito incorporado para que se sienten los pasajeros. Es típico del mundo oriental.

El círculo lo realiza la compañía Beijing Hutong Tour. Parte de la entrada norte del parque de Beihai, a las 8.50, 13.50 y 18.50.

### *Guangfuguan Greenhouse*

Un garito de copas muy original y moderno, en pleno corazón de la calle de bares Yandai Xiejie. Su peculiaridad estriba en que fue sede del templo taoísta de Guanfu. En el interior, las imágenes religiosas conviven con láminas de arte y la atmósfera propia de un espacio nocturno. Asomados al tejado, vigilan los guardianes del templo. Recomendable y curiosa su visita.

*Dirección: 36 Yandai Xiejie*



## *Teatro Zhengyíci*

*Es el teatro de madera más antiguo de China y el mejor lugar de la ciudad para disfrutar de la Ópera de Beíjng y otras especialidades operísticas como el Kunqu. Antiguo templo, fue restaurado por un empresario que se propuso rescatar este privilegiado espacio. También se puede disfrutar de una cena deliciosa con pato Pekín.*

*Dirección: 220 Xiheyan Dajie*

*Telef: 6303 3104*

*Precio: Desde 50 yuanes*

*Funciones: 19.30 y 21 h.*

## *Zhaoyuange*

*Una tienda especializada en cometas, pasatiempo al que los chinos son muy aficionados. Ofrece una gran diversidad, desde las tradicionales de papel hasta algunas muy sofisticadas en forma de dragón, pájaro o ave fénix. También se pueden comprar máscaras de la Opera de Beíjng.*

*Dirección: 41 Nanheyan Dajie*

*Telef: 6512 1937*

*Precios: Entre 10 y 300 yuanes*

## *Mercado nocturno de Donghuamen*

*Un mundo de humeantes puestos de comida callejera donde degustar pinchos de cigarra, saltamontes,*

*huevos de codorniz, corazones de pollo, kebabs de fresa, queso de Mongolia, pan de pitta... Está más lleno de turistas que de chinos, sobre todo por los precios que triplican lo que ellos pagan en los restaurantes locales.*

*Dirección: Donghuamen Yesú*

*Horario: De 15 a 22 h. Cerrado el Año Nuevo Chino*

